

Enrique Florescano. ***La función social de la historia.***

México: Fondo de Cultura Económica, 2012, 403 pp.

Andrés Arango¹

“... la conciencia histórica no es una elección,
es una parte inevitable de la condición humana”

Mary Fulbrook, *Historical Theory*, 2007

El historiador mexicano Enrique Florescano entrega un valioso aporte a la literatura sobre la historia y sobre la historiografía. Entre otras cosas, hace un generoso recorrido por los orígenes de la escritura de la historia al tiempo que pasa revista a la tradición oral en un feliz viaje que ha de ubicar los encuentros y desencuentros entre la milenaria conservación oral del pasado y las transformaciones de lo que ya, plasmado en el lenguaje escrito, devino historiografía.

El libro está dividido en dos partes: “La función social de la historia” y “Pilares de la construcción historiográfica”. En la primera parte se despliega un amplio abanico de títulos que indica, de entrada, el carácter compendioso de la obra —algunos asuntos son despachados en tres páginas—. Dada la imposibilidad de nombrarlos y desglosarlos todos, queda anotar que en esta primera parte se discuten aspectos tan diversos como el uso (o el efecto) de la historia en la formación de la identidad (“Discurso de identidad”), la concepción de la historia como *magistra vitae* (“¿Maestra de la vida?”), el proceso secular de la formación de la moderna ciencia histórica (“De los anticuarios a la *ars histórica* y la aparición de una historia con fines propios y dimensión universal”) o, el momento en el cual la historia se empezó a mezclar con otras disciplinas y se valió algo más que de archivos para el estudio de su objeto (“Ampliación de las fronteras”).

Sin embargo, al final de esta primera parte hay una serie de títulos que merecen especial atención (de “Las ataduras de la institución académica y del gremio” a “Historia del gremio y para el gremio”) porque, hasta cierto punto, muestran problemas que se experimentan en la actualidad en términos del ejercicio disciplinar.

1. Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana –GELCIL–, Universidad de Antioquia.

Utilizando como materia prima la situación de la disciplina en México, Florescano apunta su armamento crítico para cuestionar el cultivo de una disciplina que se ha cerrado sobre sí misma y se ha alejado (en algún momento, con el pretexto de una ilusoria objetividad) de su objeto de estudio y de la sociedad misma. Así, parece decir, la historia se ha distanciado de aquello que *produce* historia y, peor aún, en los tiempos que corren, ha renunciado así a cumplir su “función social” —cualquiera que esta sea—, pues, la sociedad, esa que alberga a esas pequeñas sociedades que son los gremios, no se está beneficiando de la producción histórica, hallándose la misma limitada, por diversas razones, al grupo de conocedores, de iniciados, que son los profesores y los estudiantes; en fin, la academia. Fuera del gremio, es escasa o nula la recepción del conocimiento histórico. Dice el autor que:

Así, en la misma proporción en que los efectos de la realidad presente llegan en forma indirecta hasta el cubículo del investigador, la institución donde realiza su trabajo se convirtió en el principal motivador de sus tareas [...] Ser historiador no planteó más la exigencia de estar en relación con las fuerzas que hacen la historia (p. 145).

Qué tan agudo sea este fenómeno depende, por supuesto, de cada contexto. No obstante, es precisamente éste el tipo de problemas al que le debe apuntar una suscitación como “la función social de la historia”. Si —por ejemplo— el sustrato de la historia es la escritura, entonces se requieren unas condiciones particulares para que cumpla su función, es decir, para que tenga una recepción: por lo menos una sociedad alfabetizada y una cultura de la lectura. Pero resulta que, a los problemas de analfabetismo y de falta de una cultura (en plural) hay que añadir el aislamiento de la disciplina y de sus cultivadores. Desde el sustrato del conocimiento (sea escrito o no) hasta las formas del discurso, los interrogantes que sugiere pueden ser inquietantes.

En la segunda parte del libro, el autor trata y analiza los cambios en la disciplina histórica de manera más detallada y desde una perspectiva más contemporánea: “[...] dar cuenta de los pilares constitutivos que hicieron del registro del pasado la disciplina que hoy reconocemos como tal” (p. 151). Todos los apartados de esta segunda sección son muy interesantes. Citamos los que, a nuestro criterio, revisten especial interés: “El redescubrimiento de la narrativa oral y su impacto en la reconstrucción del pasado”, “Memoria e historia” e “Historia y ficción”.

En el primero de éstos, el autor pasa revista a una forma de conservación del pasado que no siempre fue reconocida por la historia, que llevaba siglos apoyándose sólo en la cultura escrita (desde los anticuarios hasta la historia de “lo que realmente ocurrió”, en términos de Ranke). Para sostener su argumentación se apoya en una serie de trabajos que interpretan diferentes tradiciones orales (Grecia, por ejemplo y las narraciones ahora, atribuidas a Homero) tanto en su ámbito cultural, como en su configuración escrita que, de acuerdo a ciertos estudios, revela la oralidad primordial que subyace a ciertas formas que se creían propias de la escritura (hay una generosa exposición sobre Grecia y Homero). Luego, para ubicar el mo-

mento en el que se consolida una cierta “hegemonía” de la escritura, Florescano hace un periplo por la historia americana de tiempos coloniales que se hace más interesante aún porque muestra algunos ejemplos de estudios de la cultura oral (de esos tiempos) a la vez que documenta el paulatino crecimiento del dominio de la escritura, la “occidentalización” de América.

“Memoria e historia” es importante en la medida en la que aporta la discusión sobre las diferencias entre estas dos formas de asumir el pasado, asunto problemático a veces, pero sobre el cual se arroja bastante luz, de la mano de grandes nombres de la disciplina. También, porque ilustra sobre la transformación que va de la prehistoria de la historiografía, es decir, cuando una memoria robusta era precondition de una transmisión oral de los hechos y la tradición, a los albores del dominio de la escritura y del archivo. Es más importante aún, porque discute temas relativos a la importancia de la “memoria” en sociedades conflictivas y desgarradas que la requieren ya no para transmitir o conservar una tradición, sino como última defensa ante la barbarie y la injusticia (“La memoria y la responsabilidad con el pasado” y “La memoria como imperativo moral”).

“Historia y ficción” repasa una discusión que, si bien bastante agitada, dista mucho de terminar: la disputa entre aquellos que han sostenido la inevitable característica “ficcional” de la historiografía y aquellos que sostienen la innegable veracidad de los hechos consignados. Si bien esta última descripción es escueta, baste decir que en este capítulo aparecen los principales protagonistas de esta estimulante cuestión y parte de la amplia bibliografía resultante.

Al final del libro encontramos otro acápite de relevancia: “Desafíos y constricciones que retan el oficio del historiador”. Es en especial interesante porque retrata una situación que se vive en la actualidad con un muy buen análisis. Nos encontramos con la historia institucionalizada en la academia; los mencionados constreñimientos son, básicamente: la “explosión de publicaciones” manifestada en el “publicar o perecer”;² el recorte presupuestal a las universidades y la inestabilidad contractual y; como resultado del aislamiento del discurso de las ciencias sociales y de su confinamiento en los gremios, el lenguaje confuso y encriptado. Sobre este último punto dice Florescano:

[...] una grave distorsión en el ejercicio de la profesión de historiador que se ha agudizado desde que esta disciplina adquirió rango académico, se institucionalizó en el currículo universitario y creó su propio mercado: los profesores y estudiantes de historia. Al adquirir este estatuto, casi como reacción pavloviana, los historiadores comenzaron a escribir para ellos mismos y su mercado cautivo, en un lenguaje abstruso que ellos llamaron científico, de manera que, desde la segunda mitad del siglo XX, los historiadores profesionales se separaron del gran público que habían formado los historiadores clásicos y los ilustrados (p. 355).

2. Lindsay Waters, ed., *Enemies of Promise: Publishing, Perishing, and the Eclipse of Scholarship* (Chicago: Prickly Paradigm, 2004). Citado por Florescano 351.

Es presumible que para aquellos historiadores (y diversos estudiosos y profesionales de las ciencias sociales) ya curtidos en las discusiones de los métodos, objetos y fines de la historiografía, algunas de las cuestiones tratadas puedan resultar conocidas y de poco interés. Sin embargo, para el historiador novel y para el que está en formación, dichas cuestiones, aunque de vieja data en la discusión histórica, conservan no sólo vigencia, sino que deben formar parte de su conocimiento básico. El libro de Florescano es un libro sintético pero lleno de erudición, ameno y muy bien escrito, que además de los temas tratados, aporta una generosa bibliografía, de gran utilidad para aquellos interesados en iniciar una profundización en alguno de los múltiples debates que le insuflan la sustancia vital a la historiografía.